

SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA

1ª lectura (2º Samuel 7, 4-5a.12-14a.16): *El Señor Dios le dará el trono de David.*

Salmo (88, 2-3.4-5.27 y 29) *«Su linaje será perpetuo»*

2ª lectura (Romanos 4, 13.16-18.22): *Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza.*

Evangelio (Mateo 1, 16.18-21.24a): *José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.*

Como criado fiel y solícito a quien el Señor ha puesto al frente de su familia resplandece la figura de San José. Un hombre llamado por Dios a estar cerca del misterio de la Encarnación sin ser obstáculo alguno para que la acción de Dios brille con toda su fuerza y no pueda falsamente apoyarse en la ayuda humana.

Hablar de Dios con esta firmeza es lo que hizo José aceptando el designio insondable de Dios que tuvo que ir superando las dudas razonables de una infidelidad por parte de María, su esposa. Las costumbres de la época, que podrían resultar un tanto disparatadas para el razonamiento de la sociedad de hoy, confiaban a la futura esposa durante un periodo de tiempo al varón justo y probado que pudiese garantizar la virginidad de la esposa hasta el día de la boda. Esa fue la tarea que Dios confió a José, y la gran duda del mismo es que se encontró con un acontecimiento que desbordaba sus posibilidades de responder sobre lo ocurrido.

Aquí es donde el autor sagrado introduce el lenguaje que supera el hablar de los mortales. Lo ocurrido es que el varón justo y garante de la virginidad de María, se siente seguro cuando una voz superior, la de un ángel enviado por Dios, le revela el misterio de lo ocurrido. María es madre por la acción fecundante del Espíritu de Dios. De ese mismo Espíritu que fue capaz de crear de la nada y hacer ser viviente a Adán. Algo así como si Dios quisiera revelar a San José que ha llegado el momento de volver a empezar. Dios quiere que el hombre, el nuevo Adán, sea como aquel viejo Adán en su comienzo, sólo que ya no se trata de crear algo nuevo, sino de introducir en la historia por medio de la generación al propio Hijo de Dios.

Aquel proyecto inicial del Creador, de un hombre a imagen y semejanza de Dios, va a entrar en la historia del hombre con toda la fuerza de que el Espíritu es capaz. Se rompen los esquemas a los que el hombre se había ya habituado e incluso de la duda de algo tan sólido como la capacidad del propio Espíritu vivificador. Afirmar que Dios es autor de la fecundidad es algo que trasciende la débil observancia del acontecer humano; nada extraño que el hombre sin el aviso del ángel pueda entender este hecho. Afortunadamente José quiere a María y su afecto por ella le abrió el camino al misterio. No dudó en formular sus dudas, pero quiso hacerlo en secreto, en el interior de su corazón, en lo profundo de su ser, allí donde sólo penetra la voz del ángel, del enviado del Señor. Poco antes había ocurrido todo este misterio al que María accede también por su respuesta afirmativa al ángel.

Después de esta revelación José se siente con fuerza para responder, hacerse plenamente responsable de lo ocurrido, delante de los hombres y también delante de Dios. Y es que el Señor le había reservado esta tarea de siervo fiel y prudente. El evangelio es muy parco en facilitarnos datos sobre la figura de José. Pero son suficientes para describir la grandeza del esposo de María, varón justo e hijo de David. Su relación con el nacimiento de Jesús y su posterior relación con el hijo de María acabó considerándole, a los ojos de sus paisanos, como el padre de Jesús. Una vez más podemos constatar que el criterio de este mundo no coincide con el plan de Dios. Y es que el juicio de Dios no se apoya en las apariencias; para conocerlo tenemos que acercarnos al misterio revelado del designio divino. José tiene que adentrarse en el misterio de Dios para convertir las apariencias en realidad profunda que expresa su exquisita disponibilidad ante la misión que Dios le ha reservado.

Con criterio humano José no entiende el misterio de María, no quiere hacer daño a su esposa a la que quiere de verdad y decide abandonarla en secreto. Pero esta misma decisión le crea un problema de conciencia, ya que así se producirían serias consecuencias legales y sociales, todas ellas negativas para María. En este mar de dudas surge la revelación, la intervención divina, el criterio de Dios, que ilumina la mente de José y le hace ver claramente que las apariencias no hacen justicia a la realidad de una maternidad, que trasciende toda comprensión humana.

En el silencio de la noche y a solas con Dios José acepta el encargo de acoger a María como esposa y secundar el plan de Dios. José había visto desbaratado su proyecto, se sentía alejado de María a la que ya no podía tener como esposa, pero Dios no piensa como él y le confía el papel de padre de su Hijo. Es mucho más de lo que quería José; ahora se encuentra feliz porque Dios mismo le ha elegido como esposo de la Madre del Hijo de Dios. Dios ha premiado la discreción de José, su respeto ante el misterio, su decisión de no ofender a la persona a quien quiere hasta el punto de retirarse discretamente, pues no se considera digno de atribuirse un papel, que las apariencias le asignarían, cuando él sabe la verdad del misterio.

La revelación en sueños le hace comprender a José la grandeza de la tarea que Dios le ha reservado. Cuidar de María y de su Hijo, sabiendo que es el propio Dios quien le ha elegido para que ocupe ante los hombres el puesto que sólo le corresponde a Dios en el misterio de la Encarnación, es mucho más de lo que había soñado José antes de que Dios, también en sueños, le revela su plan por medio del ángel.

La figura de José resulta significativa para comprender el proceso de la fe como respuesta a Dios que se nos revela desbordando nuestras aspiraciones y deseos, al proponernos en un encuentro personal con Él una nueva dimensión de nuestro proyecto, que acabará siendo la realización del designio de Dios sobre nosotros.